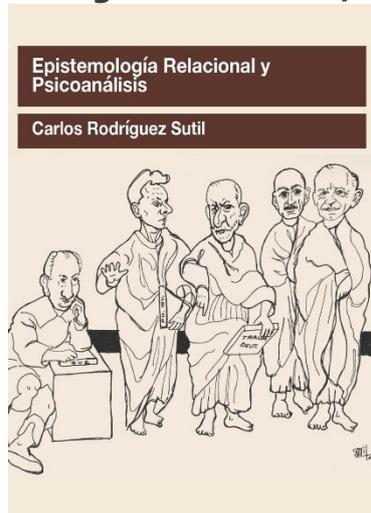


Reseña/presentación de la obra de Carlos Rodríguez
Sutil: **EPISTEMOLOGÍA RELACIONAL Y PSICOANÁLISIS**
(Madrid: Ágora Relacional, 2021) ¹



Realizada por **Pedro Chacón Fuertes y Ariel Liberman Isod**
(Librería Marcial Pons, Madrid, 30 de Septiembre 2021)

PRESENTACION DEL LIBRO: EPISTEMOLOGIA RELACIONAL Y PSICOANÁLISIS

Pedro Chacón Fuertes

Algunos de los que me estáis escuchando bien sabéis que Carlos y yo somos amigos desde que él cursaba sus estudios en la Facultad de Psicología, y que mi amistad y mi aprecio personal por él se consolidó a lo largo de la elaboración de su tesis doctoral sobre la filosofía del lenguaje de Wittgenstein. Por ello, cuando me oigáis recomendar la lectura del libro y enumerar algunos solos de sus méritos, quizá os surja la tentación de pensar: “¡Claro, cómo va a decir otra cosa sin son amigos!”. Pero permitidme deciros que os equivocaríais. El psicologismo es mal consejero para la emisión de juicios de valor. De la misma forma en que una crítica razonada contra un libro, una obra de arte o una teoría no deja de ser pertinente por el mero hecho de que haya sido planteada desde un ánimo contaminado por la envidia, la antipatía o el resentimiento (Freud abusó de esta falaz estrategia para rechazarlas), un

¹ Chacón Fuertes, P. y Liberman Isod, A. (2021). Reseña/presentación de la obra de Carlos Rodríguez Sutil “Epistemología relacional y psicoanálisis”. *Clínica e Investigación Relacional*, 15 (2): 461-471. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2021.150213

juicio elogioso tampoco debe ser minusvalorado por el mero hecho de que el sujeto que lo emita lo haga, como es mi caso, desde una cálida amistad. A fuer de amigos, procuraré que mis palabras sobre el libro de Carlos sean sinceras, veraces y razonadas.

Les confieso que, cuando el autor me propuso que le acompañara en esta presentación social del libro, no dejé de sentirme halagado, pero también me surgió una preocupación: ¿Y qué digo yo sobre él si lo que opino de él ya lo he dejado escrito en el prólogo? El número de las ideas que se me ocurren es limitado y, por lo que respecta al libro de Carlos, éstas no han cambiado desde que pude leerlo antes de su publicación. Con todo, intentaré no repetirme y añadir algo a lo allí dicho aunque la finalidad seguirá siendo la misma: invitaros a entrar en él, exponeros algunas de las muchas razones por las que debéis leerlo, animaros a enriqueceros con lo mucho que encierra y a acompañarle a Carlos en sus reflexiones, asintiendo a lo que dice una gran mayoría de las veces, o ¿por qué no? discrepando en otras. Estoy convencido de que, al final de su lectura, seréis vosotros los que emitiréis el mejor halago que puede hacerse a un libro: me ha hecho pensar.

El niño de papel que hoy presentamos ha tenido una larga gestación. En él, Carlos Rodríguez Sutil ha reunido diversos ensayos que giran en torno a cuestiones epistemológicas y ontológicas del psicoanálisis relacional. Lo que cabe decir, en primer lugar, del resultado es que se trata de un libro audaz. En él se abordan entretejidos muchos temas de profundo calado teórico: el estatuto ontológico de los estados y procesos mentales, el aparato psíquico, la noción de pulsión, la verdad, el sujeto en el arte o la angustia. Y por él desfila una larga serie de filósofos, psicólogos y psicoanalistas con los que se dialoga y a los que se interpela: Wittgenstein, Heidegger, Hegel, Freud, Lacan, Ferenczi, Fainbairn, Fonagy, Lichtenberg, Orange... Pero no por ello el libro carece de unidad: un mismo aliento, un mismo objetivo preside todos sus capítulos: justificar cómo y por qué el psicoanálisis relacional comporta una revisión enriquecedora de supuestos epistemológicos y ontológicos implícitos en el psicoanálisis clásico, mostrando que sus nuevas conceptualizaciones ayudan a mejorar nuestra comprensión y el abordaje clínico de la subjetividad humana construida en un contexto interpersonal.

Se trata, por tanto, de un libro audaz y ambicioso. Pero también de un libro raro en nuestros lares y necesario. Durante largos años, desde la psicología en general y desde el psicoanálisis particular, se desconfió de las aportaciones que pudieran provenir de la filosofía. No en vano la psicología empírica narraba su propia gestación como un proceso de liberación de la especulación filosófica, y no en vano el padre del psicoanálisis, Freud, propugnó evitarla y atenerse sólo a los datos clínicos. No ayudó al entendimiento y a la reflexión compartida, el hecho de que, también durante largos años, gran parte de los filósofos creyeran que podían

mantener un estatuto independiente – y superior- de todos los saberes científicos ocupándose, no de un denostado conocimiento de objetos del mundo incluida la propia mente humana, sino de un conocimiento del conocimiento, de un saber de saberes, de una teoría de las ciencias, de un tribunal de la razón. Como tribunal de la razón, como epistemología, estaría legitimada para emitir juicios sobre la validez o no de las teorías científicas, de las exigencias para su confirmación, validación o falsación, y hacerlo con carácter general y externo a las propias investigaciones de la psicología y del psicoanálisis. Podría haber dejado de ser madre de las ciencias, pero no renunciaba a ser su madrastra. ¡Cuántos libros y discusiones inútiles se centraron en juzgar si el psicoanálisis era o no científico, si se ajustaba o no a los patrones para poder ser investido con el título privilegiado de ciencia!

Pero, aunque algunos todavía no se hayan apercebido, hace muchos años que la situación ha cambiado radicalmente y que se ha tornado inevitable, pertinente y enriquecedora una reflexión compartida entre filósofos, psicólogos y psicoanalistas. Por una parte, se ha acrecentado la conciencia entre los psicoanalistas de que las cuestiones epistemológicas acerca de su saber y de los supuestos teóricos que asumen les son necesarias. No hay un hacer sin teorías implícitas, epistémicas y ontológicas. Ni que decir tienen que ello es aún más evidente en el caso de un saber y un hacer que versa sobre el sujeto humano y sus relaciones con otros. No hay psicoanálisis sin metapsicología. Pero por otra parte, también la epistemología ha girado su centro de atención desde el vacío desvelamiento externo de condiciones generales de todo saber, al esclarecimiento de los efectivos procedimientos específicos de descubrimiento y desarrollo de los conocimientos en un ámbito específico: lo que he llamado epistemologías internas. No son muchos, sin embargo, los libros que, dentro del abigarrado mundo psicoanalítico, se han orientado en esta dirección. Y menos aún en nuestro país. Por eso, afirmo que se trata de un libro raro y necesario.

Lo que también salta a la vista de cualquier lector es que este niño de papel es hijo de su padre. Se trata de un libro personal. Sí, es un libro de Carlos Rodríguez Sutil y lo es en un sentido más radical del que suele emplearse al decir que un libro ha sido escrito por fulano o mengano, o que la autora del libro es tal o cual. Tampoco lo es porque se trate de un relato autobiográfico. Es un libro personal por cuanto en él se recogen, sometiéndolas a reflexión, etapas, lecturas, experiencias (experiencias en el sentido de *Erfahrungen*, viajes) en los que se ha ido fraguando la trayectoria intelectual y profesional de Carlos Rodríguez Sutil. Cual caballero andante, el quijotesco Carlos viene saliendo desde hace años por los campos epistemológicos y de la psicología clínica empeñado en deshacer entuertos y liberar a los cautivos de errores conceptuales.

Como reiteradamente sostiene en esta obra, las diferencias que el psicoanálisis relacional ha introducido con respecto al psicoanálisis clásico freudiano comportan y exigen una teoría de la subjetividad humana en la que se ponen en cuestión malentendidos, embrollos, y supuestos filosóficos equivocados. Malentendidos mentales acerca de la propia mente que habrían prevalecido, no sólo en el psicoanálisis, sino también en las teorías alternativas de la psicología cognitiva, en especial en los modelos computacionales de la mente. Utilizando la expresión de Ryle, el psicoanálisis relacional habría venido a liberarnos de persistentes y perniciosos "errores categoriales".

Me limitaré tan sólo a mencionar los dos más importantes contra los que en este libro el autor libra su personal batalla: el mito de una mente interna y el mito de una mente aislada. Dos erróneas conceptualizaciones nacidas en la Modernidad que distorsionan gravemente una correcta comprensión del sujeto, o mejor, de la persona humana. De acuerdo con el primero, durante siglos, filósofos y psicólogos habrían concebido la mente como un reino interior poblado de fantasmas: ideas representaciones, recuerdos, deseos, intenciones, fuerzas, pulsiones... que serían los directos agentes causales de nuestros actos. Y en nada afectaría que fueran conscientes o inconscientes, pues lo relevante en este esquema explicativo es que tales entidades y proceso internos de carácter mental, no fisiológico, no sólo serían las explicaciones de nuestras conductas, sino que constituirían la esencia lo que somos como sujetos humanos, la realidad de nuestros "yoes". La sombra del cartesianismo es alargada abarcando a concepciones psicológicas opuestas como la psicología cognitiva y el psicoanálisis: ambos seguirían siendo mentalistas. El resultado: pseudoexplicaciones y falsos problemas añadidos: como el de la relación de ese mundo mental con el cuerpo, y con el entorno físico y social de los seres humanos.

El segundo "error categorial" en el que habrían incurrido tanto la psicología como el psicoanálisis es el de presuponer una mente aislada, un dominio privado separado de sus entornos, y para quien su relación con ellos sería accidental y secundaria. El resultado: una distorsionada comprensión de la realidad de los seres humanos, de lo que son y de cómo han llegado a serlo a través de sus procesos de desarrollo y de interacción con otros. Muy al contrario, sostiene Carlos, los estados mentales no residen en una mente aislada; los estados y procesos mentales se construyen socialmente. Somos animales, sí, pero, como afirmara ya Aristóteles, animales sociales, animales sí, seres biológicos, pero políticos: gestados y vivientes en el interactivo entorno de la *polis*.

Si en el caso del mito de la mente interna es Wittgenstein el filósofo a quien Carlos Rodríguez Sutil recurre para mostrar a la mosca cómo salir del mosquitero, en el caso de la mente aislada es Heidegger quien nos ayudaría a transcender esta individualista noción cartesiana

y egocéntrica para concebir la existencia humana como "Da-sein", un estar ahí en el mundo, en un entorno, Umwelt, en el que estamos integrados, con el que interactuamos mediante acciones que nos constituyen. De qué lejos pueden llegar las consecuencias de estas revisiones epistemológicas y ontológicas da muestra el autor cuando las aplica a la crítica de nociones freudianas tan fundamentales como la de libido, a la reivindicación teórica de un concepto relacional como el de apego, y a hasta la propia noción de verdad.

En fin, estas y otras muchas cosas podrán encontrar en el libro que hoy presentamos, un libro audaz, necesario y personal. Por eso, finalizaba mi prólogo de la misma forma que ahora repito: pase, pasen y lean, Verán que no exagero.

Tan solo añadiré unas pocas palabras más que van dirigidas, no a los lectores, sino al autor. Un mensaje de ánimo para que siga escribiendo, para que siga reflexionando como viene haciéndolo y compartiéndolo con generosidad con nosotros. Un proseguir el camino emprendido que el propio Carlos Rodríguez Sutil propone en el libro, por ejemplo en su epílogo, al enunciar "áreas adicionales" que merecerían ser transitadas, o la insinuada senda marginal de confrontar el psicoanálisis relacional con el individualista Nietzsche. Algunas otras me atrevería yo mismo a sugerirle, como que abordara la revisión de la concepción de una mente interna y aislada que, dentro de la psicología cognitiva, viene comportando en los últimos años, la teoría de la mente extendida, de una mente "encarnada" como la que defiende, entre otros, Andy Clark. Y puestos a enriquecer el bagaje filosófico de esta crítica al mentalismo y subjetivismo, me atrevo también a recomendarle, la integración de la que llevó a cabo, desde una perspectiva neopragmatista, Richard Rorty en su libro "La filosofía o el espejo de la naturaleza" en el que, de la mano de Wittgenstein y de Heidegger pero también de Dewey, viene a proclamar la necesidad de abandonar la concepción kantiana de la filosofía, y denuncia todo intento de fundamentar una epistemología a partir de la metáfora de la mente como un gran espejo.

Siempre me ha gustado actuar de abogado del diablo. A estas alturas no voy a dejar de hacerlo. Viene esto a cuento de que nuestras queridas representaciones mentales, ideas y sensaciones, sentimiento de dolor o de melancolía, de vergüenza o de culpa, no pueden ser concebidas ontológicamente como fantasmas en la máquina, como entidades de una mente interna y aislada. Puede quedarse tranquilo Carlos pues comparto con él que deben ser concebidas como constructos. Tan solo tengo la tentación de referirme a ellas como los gallegos a las meigas: existir no existen, pero haberlas, hailas. Hace ¡ay! muchos años, escribí un artículo con el siguiente título. "Por qué pude escribir este artículo. Reflexiones sobre el fantasma de lo mental". Tras analizar lo más ampliamente que supe los distintos tipos de factores que lo habían hecho posible: físicos, anatómicos, fisiológicos, neurológicos,

educacionales, económicos, profesionales, amén de los específicos de una comunidad de intelectuales en un momento histórico determinado...me pareció lo más razonable contar también con las entidades y procesos mentales: motivaciones y sentimientos que me embargaban al redactarlo, e ideas que quería defender o rechazar en él. Siendo realista necesitaba seguir siendo mentalista.

La coherencia es una exigencia de la racionalidad. Al buscar factores explicativos de lo que hacemos y al intentar esclarecer los argumentos en que se sustentan las creencias sobre lo mental, la forma de hacerlo y los criterios en la argumentación no deben diferenciarse de los empleamos cuando esas búsquedas están orientadas al mundo físico o biológico. Cuestión muy diferente es que los factores, causas y argumentos que se muestren válidos en cada caso sean distintos. Por lo que a mí respecta no he encontrado mejor guía que dar mi confianza a lo que sobre ellos indiquen los conocimientos científicos específicos de cada campo. Mis compromisos ontológicos no se fundan en mis sensaciones internas ni externas, sino que están ligados a las entidades teóricas y a los procesos postulados por la ciencia: por eso creo en los agujeros negros, en la antimateria, o en que el tiempo es relativo a la velocidad. Por ello también, aunque sin necesidad de sustantivarlos, a las representaciones mentales y a los estados psicológicos, tales como una sensación de placer, una imagen atrapada en la memoria, o un sentimiento de culpa, los seguiré considerando válidos referentes explicativos de mi conducta y la de los demás. Al menos, mientras no sean reducibles (como profetizaba Comte) a factores biológicos y sociológicos. Lo que es tanto como decir, mientras que la psicología y el psicoanálisis sigan siendo saberes legítimos e independientes de la Biología y de la Sociología. No sé si algo parecido le pasará a Carlos cuando se plantee la cuestión de por qué pudo escribir este enriquecedor y personal libro. Presumo que su experiencia y sus conclusiones no serán muy distintas a las mías. Uno de estos días se lo pregunto.

PRESENTACION DEL LIBRO: EPISTEMOLOGIA RELACIONAL Y PSICOANÁLISIS

Ariel Liberman Isod

Es imposible hacer justicia a este libro que nos presenta Carlos hoy en unas breves palabras. Probablemente necesitaría más lecturas para una evaluación justa y adecuada al esfuerzo de pensamiento que Carlos realiza en lo que hoy celebramos y presentamos.

Es un libro que nos hace recorrer un panorama de pensamiento y de problemáticas que hace tiempo el psicoanálisis viene transitando, y que para aquellos que ya cumplimos algunos años se puede transformar, como me ha ocurrido a mí, en un recorrido nostálgico y amoroso

que nos lleva a reencontrarnos y a evocar diferentes momentos de nuestro recorrido profesional así como toda una serie de asuntos de los que muchas veces ya no se habla y otros que, probablemente por su dificultad, quedan restringidos a ámbitos muy pequeños.

Me unen con Carlos muchas cosas, que duda cabe, muchas búsquedas dentro de esta amplia sensibilidad psicoanalítica que llamamos psicoanálisis relacional y un cierto estilo de meterse en todos los charcos complicados que tenga al alcance de su mirada (lo verán con sólo ojear el índice del libro). Diría que Carlos es un chapoteador, como yo (o al revés: yo como él -para ser respetuoso con la jerarquía de los años), un buscador incansable de aquellos rincones del pensamiento que suelen ser poco frecuentados. Y en este sentirme unido a Carlos en sus búsquedas y en su estilo chapoteador también me doy cuenta que, a pesar de que muchas veces recorreremos geografías intelectuales y ámbitos de pensamiento compartidos, no siempre lo hacemos, por suerte, con la misma mirada o con las mismas preocupaciones.

El texto de Carlos nos confronta a replanteamos todo una serie de cuestiones y, por momentos, a sentirnos un poco como Monsieur Jourdain, el personaje de Moliere en su pieza "El burgués gentil-hombre", que en su diálogo con el Filósofo descubre, con cierta perplejidad y no menor orgullo, que lo que viene haciendo hace ya tiempo cuando habla es prosa; aplicado a lo que nos convoca hoy aquí, nos damos cuenta que muchas veces estamos tomados y habitados por el dualismo, como el libro nos muestra una y otra vez, y que muchos de los problemas que nos planteamos y que debatimos tienen en Monsieur Descartes a uno de sus escribas. Somos, irreductiblemente, parte de esta cultura atravesada por ciertas oposiciones o binarismos de los que nos es difícil desprendernos ...

Y Carlos, con un olfato muy entrenado, nos ayuda a identificar y a reconocer, a lo largo del libro, a muchos de esos habitantes habituales de nuestros modos de pensar... y los cuestiona, implacablemente. Desde qué entendemos por emoción y cómo la comprendemos, pasando por qué entendemos por símbolo o simbolización, por mentalización o motivación, e incluso por psiquismo inconsciente ... Carlos va rastreando en todos estos conceptos la presencia o la impronta que ha tenido en la historia del psicoanálisis el dualismo mente-cuerpo, desenmascarando, de diferentes formas, lo ineludible de su presencia. Para ello se apoya, a lo largo de todo el libro, con una erudición y un conocimiento avezado, en un coro de voces que tiene como solistas principales a Wittgenstein y Heidegger, pero que están acompañadas por Vygotsky o Gadamer y sostenidos siempre, en la base rítmica, por Fairbairn, Bromberg, Stolorow y Orange -por sólo citar algunos de los muchos amigos y buenos músicos que componen la orquesta que Carlos dirige con maestría y algo de picardía. Como afirma una y otra vez, lo cito, "desde la perspectiva externalista, donde se desarrollan los procesos no es en la intimidad de la caja craneana sino en la escena pública" (p. 88), "en

el contexto pragmático de las relaciones interpersonales" (p. 288). Enfatiza, siguiendo a muchos psicoanalistas -clásicos y modernos, como Lagache, Bleger o Stolorow-, que "el objeto del psicoanálisis es el comportamiento" (p. 84), lo cual no nos lleva, nos plantea y justifica, a ninguna simplificación conductista.

El libro hilvana, de diversas formas, con diferentes puntos (o formas de tejer), cuestiones de alta sofisticación filosófica con cuestiones de la práctica de la psicoterapia.

Una de las tareas que se propone Carlos en este libro es de talla: pensar una epistemología relacional o, también, una epistemología para el psicoanálisis relacional, epistemología que se basa, según desarrolla minuciosamente, en una ontología externalista y en un anti-cartesianismo como marca sobresaliente de muchos de los desarrollos filosóficos del siglo pasado, es decir, del siglo XX.

Como sostiene Stephen A. Mitchell pensando en la crisis de confianza que atravesó el psicoanálisis sobre el estatuto de su conocimiento en la segunda mitad del siglo XX -y que aún seguimos navegando-, cuando nos preguntamos frente a la heterogeneidad teórica de nuestro campo disciplinar ¿qué es lo que sabe el analista? ... se hace visible, con cierta rotundidad, que ya no podemos pensar al psicoanálisis como un método único para descubrir una única Verdad con mayúsculas, es decir, una única verdad que se correspondería puntualmente con la estructura de la mente. El movimiento que va de pensar que el analista conoce o puede conocer la verdad sobre la experiencia del paciente a aceptar que conoce una o varias posibles verdades sobre ella -representadas por las diferentes teorías que conviven y compiten dentro de nuestra comunidad- marca esta crisis de confianza. Ya no podemos tener la certeza que tenía el psicoanálisis en otros tiempos: tanto los cambios epocales -del zeitgeist- como los matices y texturas que fue desarrollando la práctica psicoanalítica nos obligan a convivir con la incertidumbre como un principio supra-ordenado de nuestro ejercicio clínico (Ver los trabajos de I. Hoffman).

Sabemos que uno de los principales problemas en torno al cual ha girado los debates del siglo XX, en el campo del pensamiento, es sobre el estatuto de la verdad. Gran parte de dicho siglo tiene a este debate como fondo... Carlos dedica un capítulo entero del libro a transitar este asunto central y fuertemente controvertido. Si la verdad ya no puede ser pensada como la correspondencia entre las ideas y las cosas, es decir, si la verdad como correspondencia cae como supuesto o premisa única que articula el conocimiento y, en particular, nuestra práctica psicoterapéutica ¿qué nos queda? Si vivimos en un mundo de "verdad sin correspondencia" (para evocar los desarrollos de Rorty) ¿de dónde nos agarrarnos?, ¿dónde afincamos nuestros traseros para poder trabajar? La ansiedad cartesiana², como la

² La búsqueda de Descartes de un punto de Arquímedes, un punto fijo, estable, en el que podamos apoyar-

denominó Bernstein (1983), asedia sin piedad y comenzamos a señalar y a tocar todas las cosas que nos rodean buscando un punto de anclaje fijo, que trascienda épocas y estados personales, en el que poder "hacer base" -como se dice en béisbol. Pero...

Más allá de que lo designemos hermenéutica, constructivismo o perspectivismo -sin menospreciar sus diferencias- todas estas formas de pensar el proceso del conocer suponen un acuerdo de base: la inadecuación de la premisa tradicional que sostiene que nuestras ideas se corresponden con la estructura de la mente. Carlos va desarrollando, en el capítulo 4 de este libro, cuyo título es: "La verdad en psicoanálisis (relacional)", las diferentes caras del debate sobre este asunto haciendo una propuesta de reagrupación de las diferentes versiones de este concepto, y buscando su relación con la práctica psicoanalítica. Las agrupará en tres apartados, sin pretensión de ser exhaustivo ni desconociendo la superposición entre los mismos: la verdad como sistema coherente, la verdad como descubrimiento y la verdad como autenticidad.

En cuanto al primero, la verdad como sistema coherente, parte de la idea que toma de Wittgenstein y que viene trabajando desde el comienzo del libro: su concepto de "juegos de lenguaje"; nos dice: "toda conceptualización de la realidad se logra desde un sistema [...] la certeza no proviene del mundo fenoménico sino del lenguaje, una actividad gobernada por ... reglas públicas" (p. 143). Utilizando el concepto de "formas de vida" de este filósofo, señala como el acuerdo sobre ellas es previo al acuerdo sobre una determinada opinión o sobre los consensos interpersonales en torno a la verdad y la falsedad de una determinada proposición. Es el trasfondo que nos viene dado y que no está sujeto a prueba y que, por lo tanto, funciona como el espacio en el que cualquier proposición deberá articularse -podemos aquí tener presente los desarrollos de Gadamer sobre razón y tradición. "No basta con que una proposición sea coherente con el conjunto de las proposiciones, nos dice, sino que además está inserta en una forma de vida", siendo esta última el aspecto activo, práctico, aquello que en Heidegger será pensado como el Dasein, es decir, el ser-en-el-mundo, concepto central en su obra y que hace referencia a que la apertura al mundo no es una posibilidad del hombre sino su condición misma. Y es también sobre este modo de ser del Dasein en el que el conocer tiene lugar -como ha desarrollado Gadamer.

Retoma luego el debate entre Philip Bromberg y Marcia Cavell sobre el concepto de realidad mostrando cómo filósofos cercanos a la perspectiva intersubjetiva, como es el caso de esta última, al afirmar que la realidad es una y la misma para todo el mundo a pesar de la apariencias o puntos de vista que tengamos sobre ella, da por supuesto, "subrepticamente"

fundamentar nuestro conocimiento en el cual podamos sostener con seguridad nuestras vidas contra las vicisitudes que constantemente nos amenazan.

nos dice Carlos, "que alguien tiene el privilegio de alzarse sobre las visiones parciales de los demás para ofrecer su 'inmaculada percepción'" (p. 148). Son ese tipo de afirmaciones, continúa, las que nos fuerzan al imposible que ya el primer Wittgenstein señalaba: "requieren, nos dice, que tomemos el mundo en su totalidad y nosotros nos coloquemos fuera, algo imposible desde el punto de vista lógico y material" y, como señala en diferentes momentos en el libro, esta idea presupone la posibilidad de concebir un sujeto sin mundo. Bromberg, apoyándose en su teorización del self múltiple, señala lo problemático que pensar así nos resulta a los clínicos (a diferencia del filósofo), "porque el clínico, nos dice Bromberg, siempre está trabajando dentro de un complejo campo en el que dicha distinción [se refiere a la oposición entre punto de vista -verdad- y realidad única] inhibe más que facilita el desarrollo personal [...] La realidad experimentada por un estado del self será consistente o no con las realidades de otros estadios del self..." (Bromberg, p. 186).

El crecimiento en la terapia se logra por medio de la negociación interpersonal conjunta de un espacio transicional que, como señaló Winnicott, sólo podemos compartir y no imponer, y dentro del cual la diferencia verdad-falsedad pierde su centralidad. Carlos concluye que la verdad como coherencia tiene validez dentro de una comprensión de la "realidad total", nos dice, "externa a la dinámica personal del paciente y en cuyo fondo esta última recibe su dimensión plena y puede ser comprendida" (p. 155).

La verdad como descubrimiento (aletheia), o como develamiento y desocultación, otras denominaciones que nos resultan más precisas, la toma Carlos del pensamiento griego en clave de lectura heideggeriana. "La percepción nunca es falsa, afirma, aunque puede quedarse en un no-percibir, un no bastar para tener el acceso adecuado. 'Tras' el fenómeno no hay ninguna otra esencia, nada oculto salvo lo que se va volviendo fenómeno, pues la apariencia es la única y efectiva realidad de las cosas" (p. 158). Siempre me han gustado los trabajos de Ortega sobre Velázquez (1950). Hablando sobre su impresionismo *avant-la-lettre*: "[Velázquez] había hecho el descubrimiento más impopular, y es este: que *la realidad se diferencia del mito en que no está nunca acabada* [...] que el objeto está siempre apareciendo, viniendo al ser, al existir... Velázquez descubre que en su realidad... los cuerpos son imprecisos, las cosas en su realidad son 'poco más o menos', son sólo aproximadamente ellas mismas... flotan en un margen de imprecisión" (p. 87).

Como nos recuerda Carlos, Winnicott afirma en reiteradas ocasiones que muchas veces interpretaba para que el paciente pudiese alojar allí también su participación en un diálogo que, como el juego del garabato, sólo tiene sentido en esta dinámica de construcción conjunta en la que ambos miembros de dicha "conversación" están abiertos a enredarse en ella como experiencia de final abierto, abiertos a la sorpresa y a lo no esperado. Esto va en la

línea de lo que Donnel Stern llamaba "el analista curioso", es decir, aquel que está dispuesto a renunciar a cierto tipo de "inocencia" en cuanto al acceso a la verdad y a "cortejar la sorpresa". Para este cortejo es necesario estar abierto al detalle, estar abierto a lo que no vemos, a lo que no entendemos, a todo aquello que se presenta en la experiencia del terapeuta como ruido, que llama la atención porque genera desconcierto o malestar. Esto se conjuga en Stern, y en el libro lo vemos bien reflejado referenciado en otros psicoanalistas, constantemente con la necesidad de pensar y reflexionar, justamente, sobre aquello que "acontece", que ocurre, que aparece en el encuentro clínico de forma "no planificada" y que sólo acogiéndolo, si lo podemos percibir (nueva percepción), nos puede permitir "abrir", "relajar" y/o flexibilizar las "rigidices del campo" que se constituyen, inevitablemente, en todo movimiento terapéutico.

Esto nos lleva directamente, y para ir cerrando, al tercer grupo que el libro propone: la verdad como autenticidad. Esta dimensión, problemática si la encaramos con un espontaneísmo acrítico, lo lleva a Carlos a cerrar el capítulo proponiendo un "principio de veracidad". Este principio busca conjugar la idea, lo cito, "de que el paciente debe ser atendido de manera prudente, pero a la vez lo más veráz posible [...] cuando inquiera sobre aspectos de su propia persona, pero también de la nuestra en la medida en que estén también implicados en la terapia" (p. 176).

Me gustaría finalizar con la propuesta de Mitchell cuando sostiene que es preferible ubicar la noción de autenticidad en relación al tiempo y no al espacio. Afirma:

"La diferencia crucial entre autenticidad e inautenticidad reposa no en contenidos específicos sobre lo que siento o hago, sino en la relación entre lo que siento y hago y la configuración espontánea y el flujo de mi experiencia en un momento determinado. [...] Podemos determinar una nueva experiencia en términos de continuidad o discontinuidad con el pasado y el presente; una nueva experiencia puede representar y expresar nuestra historia y estado actual o negar y traicionar nuestra historia y estado actual, o reconfigurar nuestra historia y estado actual de modo nuevo y enriquecedor. El sentimiento de autenticidad es siempre una construcción y, como construcción, está siempre en relación con otras posibles construcciones del *self* en cualquier otro momento" (1993, p. 130-31).

Como he dicho al comienzo, en la lectura de este libro me ha invadido una nostalgia de tiempos, historias y momentos de mi vida en la que el entusiasmo, emoción que atraviesa también este libro de Carlos, me habitaba de una manera diferente.

Gracias Carlos por esta oportunidad, por permitirnos volver a pensar ciertas cuestiones, y por seguir compartiendo este tránsito muchas veces solitario que es nuestra profesión.